

llejuela de Luisa, la saludó alguna veces, y por último, llegó á entrar en su casa conmigo.

Un dia me precipité hácia la habitacion de la pobre jóven. La encontré sentada, como siempre, trabajando y soñolienta. La soledad, ausencia de todo ruido y falta de todo interés, habian adormecido en realidad aquella alma, y esto era un favor del cielo porque así no sufría. Solo los demás se apiadaban de aquella inmovilidad de existencia, que no habia tenido su parte de vida y de juventud. Sonrióse al escucharme, y aquella inflexion de sus lábios constituía el mayor movimiento de su alma paralizada, y no temiendo, por consiguiente, comunicar ninguna violenta impresion, ni perjudicar á aquella organizacion paciente anunciándola su felicidad, me dispuse á verificarlo; con eso podria observar si la vida de aquella jóven se hallaba tan solo ausente ó del todo apagada. Me senté en una silla delante de ella, cogí sus dos manos entre las mias, y fijando mis ojos en los suyos, la dige:

—¡Luisa!... mi amigo D. Enrique Moreno me ha encargado que os pregunte si quereis ser su esposa.

La pobre jóven se quedó como herida del rayo; las lágrimas corrieron rápidas de sus ojos, que brillaban al través de aquel húmedo velo. Su sangre, paralizada por tanto tiempo, precipitó su curso, cubriendo sus megillas de vivo carmesí, y toda su persona de un color sonrosado; su pecho se dilató para dar salida á su oprimida respiracion; su corazon palpité con violencia, y sus manos apretaron convulsivamente las mias. Luisa no estaba mas que dormida, y entonces despertaba. Conforme la voz de Dios habia dicho á una jóven muerta: *levántate* y anda, así el amor decia á Luisa: *despiértate*.

Luisa amó súbitamente, ó tal vez amaba ya en secreto para sí y para los demás; pero en aquel momento el velo se rasgaba y vió todo su amor. Al cabo de algunos segundos se pasó la mano por la frente, y dijo en voz baja:

—No: ¡eso no es posible!

Yo no hice mas que repetir la misma frase.

—Enrique pregunta si quereis ser su esposa.

— ¡Su esposa! repetía ella con éxtasis. ¡Su esposa! y arrojándose despues á los piés de su padre, olvidando sin duda su estado de imbecilidad, pero movida por un impulso superior: ¡padre mio! le dijo, ¿lo oís? ¡Me pide por su esposa!

— ¡Ba, ba, ba! contestó la sombra de D. Diego de Mendoza.
¡Ba, ba, ba!

Alzó sus ojos Luisa, y al ver la estúpida espresion de su padre, cayó otra vez de rodillas: un breve instante habia bastado para trocar toda su alegría en tristeza, no pensaba ya en su futura felicidad, sino en su presente desgracia.

— ¡Hija mia! respondió otra voz que llegó hasta el corazon de Luisa, y la hizo ir levantándose poco á poco de la posicion en que estaba. ¡Hija mia! Dios debia tarde ó temprano recompensar tus virtudes, y en nombre de tu padre, que no comprende tu satisfaccion, y en el de tu desgraciada madre, te doy mi bendicion.

Vuelve la cabeza Luisa, y ve que quien la hablaba era Casilda, la ciega que permanecia muda en una silla, para quien no habia pasado desapercibido el menor incidente de aquella escena.

— ¡Dios mio! exclamó Luisa pasando al lado de Casilda, y estrechándola en sus brazos. ¡Quiera Dios apiadarse de mí! ¡Quiera que esto no sea una ilusion pasajera, y que si llega á ser una realidad, sea yo mas feliz que en mis primeras nupcias! ¡Yo su esposa! y se hincó de rodillas con las manos cruzadas y el rostro inundado de lágrimas; ninguna de las dos personas que tenia delante la veia, pero la veia Dios y eso bastaba.

En aquel momento se sintieron pasos en el corredorcillo.

— Él es, gritó Luisa. ¡Dios mio! añadió poniéndose las manos en el corazon, ¡hé aquí la vida!

Me escapé entonces por una puertecita oculta, para que Luisa, bella con sus lágrimas, su emocion y su felicidad, recibiese sola á Enrique Moreno...

Desde aquel dia hubo una gran trasformacion en Luisa, reanimándose y rejuveneciéndose bajo la dulce influencia de la fe-

licidad : recobró una indecible espresion de alegría ; y esto sucedió aun mas pronto que el cambio de su hermosura , porque habia en ella cierta reaccion interior que embellecia su existencia toda : su felicidad participaba en ella de cierta cosa de su primitiva naturaleza , porque era escogida , plácida y silenciosa , pero exaltada con misterio. Así es que Enrique Moreno , que hasta entonces habia amado á una mujer sentada en la oscuridad , pálida y desimpresionada de la vida , nada tenia que alterar en el colorido del cuadro que le habia interesado , aun cuando Luisa fuese feliz.

Pasaron uno al lado del otro muchas noches en la salita del piso bajo , sin mas luz que la de la luna que entraba por la ventana abierta. Se hablaron muy poco , se miraban mucho y meditaban á la vez. Luisa , que amaba con sencillez y candor , despues de haber pintado á Moreno los temores que la asaltaban recordando sus pasados disgustos , exclamaba llena de entusiasmo y como olvidándolo todo.

— ¡ Enrique , soy feliz , os amo y os doy las gracias !

Así pasó un tiempo bien feliz para Luisa ; mas llegó un dia en que al entrar Enrique en casa de su futura , la dijo :

— ¡ Querida mia ! es preciso activar nuestra boda : el regimiento va á cambiar de guarnicion , y es menester que ya estemos casados para que partais conmigo .

— ¿ Vamos muy lejos , Enrique ?

— ¿ Os asustais , acaso Luisa , por ver nuevas tierras ? Las hay mucho mas bonitas que esta .

— No es por mí , Enrique , sino por mi padre . ¡ Es tan viejo para emprender un largo viaje ! ... y además , mirad su estado ... luego tambien esa pobre Casilda ...

Enrique se quedó inmóvil delante de Luisa , y aunque el denso velo que la felicidad pone ante los ojos le hubiese impedido el reflexionar , no se le ocultaba que Luisa , para correr su suerte aventurera habria de separarse de aquellos dos seres desgraciados . Habia previsto su dolor ; pero confiado en el amor que le inspiraba , creia que este amor ardiente tendria poder bastante para enjugar todas las lágrimas de que el mismo amor no

fuese origen. Preciso era ya enterar á Luisa de su suerte, y aunque triste por la inevitable pesadumbre que iba á causarle, Enrique la cogió de la mano, la hizo sentar en su sitio acostumbrado y la dijo con señalada dulzura:

—Querida Luisa: es imposible que tu padre pueda seguirnos en nuestras caminatas... Hasta ahora, Luisa, hemos amado y llorado juntos; hemos pasado una vida ideal, sin fijarnos en ninguna de las cuestiones que tienen relacion con sus detalles positivos, y el momento ha llegado de ocuparnos de nuestro porvenir. Yo, querida mia, no tengo posibles ni poseo mas que mi espada; aun al principio de mi carrera mi paga asciende tan solo á una cantidad tan corta que á ambos nos impone una vida llena de privaciones. He contado con vuestro valor; pero vos sola debéis seguirme: la presencia de vuestro padre y de Casilda en nuestra casa, nos acarrearía una miseria inevitable porque careceríamos de lo mas necesario; además de que os lo confieso, deseo vivir solo con vos.

—¡Abandonar á mi padre! exclamó Luisa.

—Dejadle con su retiro, que sobra para él, para Casilda y una persona de confianza que le cuide; habrá, quizás, lo bastante hasta que Dios quiera protegerme, en cuyo caso ya comprendéis que todo lo que sea nuestro, será suyo.

—¡Abandonar á mi padre! repitió Luisa, es imposible, os digo; ¡preciso es que continúe bordando!...

—¡Luisa, Luisa mia! dijo Enrique estrechando entre sus manos las de la pobre jóven; por Dios os pido que no os estrañéis á impulso de nuestro generoso corazon; reflexionad y haced cargo de la verdad desnuda. No es que rehusemos el dar, es que no tenemos que dar. No podemos vivir mas que solos, y aun todo podría arreglarse si mi ocupacion no fuera ambulante. ¿Cómo gobernarnos si cada mes muda mi regimiento de sitio?

—¡No puedo abandonarle! respondió Luisa con amargura, mirando á los dos viejos durmiendo en sus poltronas.

Apenas se hubo quedado sola apoyó su cabeza en su mano, y en tal posicion pasó todas las horas de la noche. ¿Qué fué lo

que ocurrió en el interior de la jóven? Dios solo lo sabe, porque ella á nadie se lo habia dicho.

Estremecióse al divisar la primera claridad del dia; cerró la ventana que se habia quedado abierta desde el dia anterior, y pálida, temblando de frio y de emocion, cogió papel y escribió:

«Adios, Enrique, me quedo con mi padre, que necesita mis desvelos y mi trabajo; abandonarle en su vejez seria causarle la muerte. ¡No tiene en este mundo mas que á mí! Mi hermana, en su última hora, me recomendó mucho que le cuidara, diciéndome: hasta que nos veamos, Luisa, y creo que no volveria yo á verla si no cumpliese mis deberes.

¡Mucho os he amado y os amaré siempre! mi vida no será mas que un continuo recuerdo vuestro. Habeis sido bueno y generoso; pero ¡ah! somos muy pobres para podernos casar. Hasta ayer no lo habia comprendido... Adios... mucho valor se necesita para escribir esta palabra. Espero que vuestra vida será feliz. Otra mujer mas dichosa que yo os amaré... ¡es tan fácil el amaros!... Sin embargo, no olvideis del todo á la pobre Luisa. ¡Adios, querido mio! ¡Ah! bien sabia yo que no podia ser feliz.

LUISA. »

Luisa volvió á sentarse junto á la ventana, cogió sus bordados y prosiguió trabajando sin cesar, inmóvil, pálida, quebrantada.

Enrique suplicó por algun tiempo, se desanimó, y por último desapareció.

Llegó un dia en que estando Luisa sentada á su ventana, sintió pasar una banda de música militar, y pasos firmes y á compás resonaron tambien en sus oidos. Era el regimiento de Navarra que salia del pueblo con la música á la cabeza. La estrepitosa sonata de desdicha, resonaba como un triste adios, y se estinguia en la callejuela de Luisa. Escuchó temblando, y la música cercana que al principio era brillante y sonora, fué perdiendo de intensidad conforme se alejaba, hasta ser débil y mo-

ribunda; poco despues ya no llegaba á sus oidos mas que como un rumor vago á lo lejos, entre el que sobresalia algun sonido grave y aislado que el viento llevaba hasta ella; y por último, un silencio profundo siguió á todos los compases perdidos ya en el espacio. La última esperanza de la vida de Luisa parecia pendiente de aquellos sonidos que resonaban á lo lejos y... ¡huia, se alejaba y estinguia con ellos! La pobre jóven dejó caer su labor sobre sus rodillas, y ocultando el rostro entre las manos, sus lágrimas se escapaban por entre los dedos. Asi permaneció hasta que se perdió el postrer sonido de la música del regimiento, y despues volvió á coger su labor.

La noche de este dia, de eterna separacion; de este dia en que fué consumado el gran sacrificio, despues de haber prodigado Luisa á su padre los últimos desvelos del dia, se sentó á la cabecera de la cama en que aquel estaba, y guiada tan solo por la idea que en aquel momento la preocupaba, y aproximando su rostro al del incapacitado, le dijo:

—¿No es verdad, padre mio, que sentiriais mucho el que me separara de vos?

—¡Ba, ba, ba! contestó D. Diego.

—No importa, añadió ella... sé que ni me comprendeis, ni tal vez me conozcais; pudiera muy bien abandonaros como se abandona un objeto cualquiera que no nos muestra cariño; pero sois mi padre, y eso basta para que todo lo desprecie ante el placer de veros y teneros á mi lado.

Aquella palabra de ternura que habia ido Luisa á pedir á su padre, como única recompensa de su incomparable sacrificio; pero aquella palabra no fué pronunciada: el anciano cerró los ojos y se durmió, cual si nadie estuviese á su lado; pero entre las dos cortinas de damasco de la alcoba habia un crucifijo de madera ennegrecido por el tiempo. Luisa estendió hácia su Dios aquellas manos que ninguna persona amiga queria estrechar sobre la tierra, y arrodillándose junto á la cama de su padre, permaneció largo rato en oracion.

Desde entonces Luisa se quedó mas pálida, mas silenciosa y mas inmóvil que antes, llevándose tras sí estas nuevas lá-

grimas los postreros restos de su juventud y de su hermosura.

—Todo se acabó ya para mí, decía ella á sus solas, debo despedirme del mundo, donde permanezco.

No se volvió á oír mas de Enrique Moreno, y Luisa, cuando pensaba en él, se decía:

—Está visto que me amó como se ama un gracioso cuadro, cuya melancolía conmueve el alma, pero que se abandona sin sentimiento. Se olvidó de mí, ¡oh Dios mio! ¡Cómo es posible que puedan olvidarse ciertas cosas!

Un año despues de estos sucesos Luisa estaba sola con su padre, porque Casilda sucumbió de una calentura pútrida que en tres dias acabó con su vida. Por otra parte, el mal de D. Diego no tenia cura, porque era la vida que se estinguia sin conmociones ni sufrimientos. Luisa veló, rogó junto al lecho de su padre; pero en cada respiracion de su pecho perdía el idiota una buena parte de su vida. Dispuso el médico que se le administrase el Viático, y Luisa arregló los escasos muebles de su casa, limpió, sahumó y arregló la cama del enfermo para recibir tan insigne visita. La infeliz viudita estaba aturrida y sin saber lo que le pasaba: tan pronto pensaba en Enrique como en la pertinaz desgracia que de algun tiempo la perseguia sin descanso. Oyóse, por fin la campanilla, cuyo sonido infunde veneracion á los transeuntes y llena de espanto á los parientes del enfermo, no ciertamente por lo que ella significa en sí, pues es grande y majestuoso, sino porque siempre hieré nuestros oidos como precursora de la muerte, y la muerte en casa de Luisa era una cosa mucho mas horrorosa que lo que ella lo es en sí. Acercóse la santa procesion, y fueron entrando en la casa unos cuantos hombres con hachas encendidas; Luisa, con una vela en la mano, estaba arrodillada al lado de la cama, pero no veia á nadie; hallábase sumergida su imaginacion en los mas tristes pensamientos.

Acercóse el sacerdote á la cama del enfermo, y cuando haciéndole pensar en Dios, creyó haber reanimado por un momento aquella moribunda inteligencia, viendo que el viejo juntaba las manos y estendia su vista natural en derredor suyo, el

pan de la Eucaristía acababa de operar un milagro; aquella naturaleza, aniquilada y muerta, acababa de revivir, sin duda, para mejor comprender lo que iba á recibir y para pronunciar palabras de consuelo; era poco mas de anochecido, y al propio tiempo que en la iglesia se oía el toque de oraciones, D. Diego, recordando, tal vez, el efecto que años antes le habian producido aquellas campanadas, apartando de su mano la espada homicida y abrazando á la infeliz huerfana á quien odiaba tan solo por reminiscencias, se incorporó algun tanto en la cama, comulgó con todo conocimiento, y como iluminado por un rayo de luz celestial alargó su mano y dijo:

—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Querida hija de mi corazón!

Esta, que ya se habia acostumbrado á no oír hablar á su padre, dudaba si era juguete de una ilusion; pero aquellas palabras mágicas la hicieron suspender sus oraciones, mucho mas cuando el sacerdote la dijo que su padre la llamaba. Levantóse fuera de sí, porque la infeliz, al presenciar aquel milagro, creia que seria por completo, volviéndose á un mismo tiempo á su padre la razon y la vida.

—¡Luisa! volvió á decir el enfermo.

—¿Qué quereis, padre mio?

—Quiero que tengas confianza en Dios, porque es justo y misericordioso, y nunca abandona al bueno. ¡Ten confianza en él y espera!

—Esperaré, dijo ella besando la mano de su padre y recibiendo su bendicion.

Este no volvió á articular mas palabras, porque acto continuo dejó caer su cabeza sobre la almohada, cerró los ojos y espiró.

Luisa volvió á arrodillarse, y el ruido de la campanilla hirió con nuevos estremecimientos sus oidos.

Presentóse el cura que habia auxiliado á D. Diego, porque enterado de todos los secretos de la casa y sabedor de la muerte de D. Diego, creyó que su presencia era allí necesaria aun cuando no fuese mas que para consolar á Luisa.

Habia ya dado todas las disposiciones necesarias para que

se amortajara el cuerpo de D. Diego y se le encerrase en una lujosa caja, porque el cura tenia dinero para todo ello y mucho mas.

Acercóse á Luisa, la hizo levantarse y alejarse del cadáver de su padre, la llevó á la sala, y merced á un carácter sacerdotal, pudo hacer que se sentase en una silla y escuchase.

—Enjugad esos ojos, la dijo. ¿De qué os sirve llorar? ¿Creis adelantar algo con eso? Además de que el buen cristiano debe acatar los deseos del Altísimo, y harto resignada debeis estar y aun contenta, persuadida de que vuestro padre ocupa un lugar en la gloria.

Hareis un entierro digno á vuestro padre, le colocareis en un sitio especial en el cementerio, mandareis decir por su alma una misa todos los domingos, y sobre todo á la hora del toque de ánimas no olvideis de rezar LA ORACION DE LA TARDE.

—Pero padre, ¿cómo he de hacer todo eso si no tengo dinero?

—Sabed que tengo en mi poder todo el oro que haga falta para pagar cuanto sea menester.

—¿Quién os lo dió?

—No lo sé.

—Yo no sé, padre mio, lo que experimento en este instante; pero es una cosa especial, es un conjunto de tristeza y de alegría que temo ataque á mi razon.

—Nada de eso, hija mia, comenzad por poneros un traje cualquiera que sea oscuro y venid conmigo; yo os llevaré á una casa donde estareis bien, porque aquí no podeis ni debeis permanecer.

—Llevaré mi labor, porque sino ¿cómo ganaré mi sustento?

—No penseis en eso, vos no debeis trabajar mas; el ángel de la Guarda vela por vos.

Vistióse Luisa y salió en compañía del padre cura, el que la llevó á la misma casa donde habia vivido tantos años con su padre y su hermana, y donde la hemos conocido por espacio de mucho tiempo.

Al pasar por el vestíbulo que tenia aquella casa, al divisar

Luisa aquellas columnas, aquellas habitaciones, aquel patio empedrado de mosaico y aquel jardin, mil ideas, á cual mas estravagantes, acudieron á su mente.

—Está visto, se decia para sí, que me hallo en el período de las contraposiciones. ¿En que vendrá á parar todo esto? ¿Si será verdad lo que mis ojos ven?

—Sí, hija mia, contestó el cura; todo lo que ves es la realidad; esta es la misma casa en que te has criado, donde han pasado felices y adversos los dias de tu juventud; pero Dios, por fin, al ver tu abnegacion, al ver tu virtud, ha querido premiar-te y te otorga el placer de volver á disfrutar de esta misma casa. Ahora vendrán las señoras que habitan en ella y tendrás el gusto de conocerlas: son dos señoras, madre é hija, á cual mas amables y finas, y estoy seguro que no te pesará el haber mudado de casa porque habrás ganado en el cambio. Tiró de una campanilla y aparecieron, en efecto, dos señoras muy bien vestidas; tendria la una como cuarenta y cinco años, y la otra veinte; ambas abrazaron á Luisa y la colmaron de caricias.

—Estoy tan sobresaltada, dijo ella, á la vista de cuanto me sucede, que ni aun tiempo tengo para llorar la muerte de mi pobre padre.

—Nada mas justo, hija mia; contestó la señora mayor, que sentir la muerte de nuestros padres. Una educacion virtuosa es la que principalmente hace merecedores á los padres del reconocimiento, del amor, del cariño y de los ardientes desvelos de sus hijos.

—Así es, dijo Luisa, quien á pesar de los embates de su razon, se esforzó por sostener la conversacion; así es, dijo, esos trabajos y esas penalidades que nunca conocemos los hijos en los primeros años, nunca llegan á ser pagados y satisfechos aun con el mayor agradecimiento, con la mayor sumision, con el cariño mas íntimo y permanente, ni con el mas profundo respeto; y debemos convencernos de que los justos sentimientos de un rendimiento y gratitud sin límites, no deben borrarse jamás ni por las molestias geniales, ni por las enfermedades largas, ni por las debilidades ó flaquezas de los padres.

—Veo, querida Luisa, que vuestras palabras guardan perfecta armonía con vuestras acciones, y que el retrato que el padre nos ha hecho de la santita, no está recargado de colorido.

—Señora por Dios...

—Es la pura verdad, y desde luego nos damos el parabien mi hija Amalia y yo de que queráis desde hoy mas vivir con nosotras.

—No sé si deba aceptar, señora, un favor, que ni tengo merecido, ni conozco el por qué se me dispensa.

—Pronto lo sabreis.

Aquí prosiguió la conversacion cada vez mas animada, y como la mamá de Amalia, que lo era tambien del oficialito don Enrique Moreno, estaba al corriente por mí de todo lo ocurrido con Luisa, hizo que la conversacion rodase sobre el asunto, y se convenció de que Luisa amaba á su hijo con la misma vehemencia que antes, y aun algo mas, porque habiendo muerto D. Diego, podia dar mayor expansion á su amor, á pesar de que ninguna esperanza abrigaba de volver á verle.

Pasó de esta suerte el novenario, y cada dia estaba Luisa mas contenta al lado de aquellas señoras.

—Aquí si que puedo yo, decia ella, abandonarme dentro de algun tiempo á mi pasion favorita de escribir; pero ¡ay! ¡me falta lo principal, me falta el alma de mi inspiracion! ¡me falta Enrique!

Amalia habia hablado varias veces á Luisa de sus amores, y al tratarse de Enrique lo hacia siempre con mucha vehemencia, y consolaba á Luisa diciéndola que no perdiera la esperanza, pues tal vez podria volver á verle.

—¡Vanas ilusiones, querida Amalia! ese hombre me ha olvidado ya, y ¿quién sabe? ¡quizás esté ya casado!

—No lo creais, dijo Amalia, tal vez con demasiada imprudencia.

—¿Qué le conoceis? dijo Luisa con velocidad y mas encarnada que la grana. ¿Le conoceis? Decídmelo por Dios... no me oculteis nada. Creedme, que hablando tan solo de Enrique, aun cuando jamás pueda pertenecerme, me conceptúo feliz. Sí...

por Dios Amalia de mi vida, habládme... habládme de él...

—Si así os poneis, no podré deciros nada... temeria un arrebato.

—Pues estaré tranquila, dijo Luisa esforzándose por parecerlo.

—Esa tranquilidad no es natural; pero hablando de otra cosa ¿por qué no hemos de tutearnos? ¿No estamos juntas? ¿No nos queremos? Pues fuera cumplimientos, si tu has perdido una hermana que querias mucho, yo tambien he perdido otra que idolatraba, querámonos las dos y habremos encontrado lo que nos falta.

Luisa se arrojó en los brazos de su nueva hermana y exclamó:

—Eres la mujer mas encantadora del mundo, veo que hemos nacido para vivir juntas.

—Hasta que nos casemos, dijo Amalia.

—Tienes razon, hasta que nos casemos, pero ¿cuándo será? Tú al menos... ¿Tienes novio?

—¡Vaya si le tengo, y que es buen mozo! ya le verás, un dia de estos vendrá por acá, porque mi hermano es amigo suyo, y ha comprado en Robledo una porcion de tierras y casas.

—¿Con que tienes un hermano, y no me habias dicho nada?

—No se ocurrió hablar de eso.

Hallábanse cierto dia ambas amigas en el tocador de Amalia revolviendo varias cosas, cuando cogiendo Luisa una bonita cartera de tafilete encarnado, hubo sin duda de tocar á algun muelle, y saltandó la tapa, apareció una bonita miniatura, era el retrato de Enrique Moreno, perfectamente pintado y de uniforme, pero con dos charreteras en vez de una.

Amalia comprendió su torpeza dejando que Luisa manejara aquel objeto, y temia las consecuencias de aquel hallazgo, pero era algo fatalista y confiaba mucho en la casualidad; así es que dejó, como suele decirse, que la cosa rodara, y esperaba tranquila el desenlace de todo aquello.

Luisa quedó como petrificada á la vista de aquel retrato, y dijo enseñándosele á Amalia:

—¿Quién es este?

—Ese es Enrique Moreno.

—Si no apareciese yo indiscreta, me atrevería á preguntarte cómo es que se halla en esta cartera tuya.

—Muy fácilmente, y antes de que mortifiques á tu corazón con suposiciones infundadas, te diré que Enrique es mi hermano.

—¿Qué oigo, Dios mio! ¿Será verdad?

—Como lo oyes.

—¿Y tendré la dicha de verle? Porque creo me has dicho no ha mucho, que iba á venir en compañía de tu futuro.

—Así es, en efecto, y no tan solo tendrás el gusto de verle aquí, sino de amarle y saber que te ama.

—¡Dios bondadoso! ¡Tanta felicidad no cabe en mi pecho!

—Si tal: la desgracia podrá convertir al hombre en imbécil, pero la felicidad no mata, sobre todo cuando el alma se halla ya preparada á recibirla, y cuando este alma es bien nacida.

—Tienes razon, querida hermana, la felicidad no mata, puesto que yo vivo á pesar de haber oido lo que acabas de decir.

Así las cosas, cuando al dia siguiente se presentó, en efecto, Enrique Moreno.

Imposible es describir la satisfaccion de Luisa, parecia una estatua de la mitología animándose, tomando cuerpo y formando parte de los seres racionales: su imaginacion no corria, sino volaba por los espacios, y tan estremada era su emocion, que hasta se olvidó por un momento de su padre y de su hermana María.

Ansiaba por saber la causa de tan estraños acontecimientos, y Enrique, ya resuelto á casarse con ella tan pronto como hubiese pasado el luto, se lo contó del modo siguiente:

—Recordarás, querida Luisa, que hace trece meses era yo pobre, y tal vez fuera esa la causa de que no se efectuase nuestro enlace; pues bien, suscitóse una guerra entre Francia y España, y tuve la suerte de ser uno de los oficiales espedicionarios. Nos dirigimos á Francia por el Rosellon á las órdenes del general Ricardos, cuya inteligencia y bizarría, son harto conoci-

dos de todos. En Mas d'Eu derrotamos al general francés Deflers, y eso que éramos 3,000 hombres contra 16,000 franceses; allí alcancé el empleo de teniente.

Asistí al sitio de Bellegarde y toma del fuerte de los Baños: en Cabestani hicimos prisionero al general Fregeville, y mi batallón, que era el de Navarra, se arrojó á la bayoneta sobre las baterías enemigas, despreciando la lluvia de metralla que vomitaban. En la famosa batalla de Truillas, á pesar de que el general francés Dagobert daba muestras de valor y de pericia militar, los soldados españoles luchaban como fieras; pero los viejos regimientos franceses y los guardias nacionales de dos departamentos, perecen en su mayor parte; rebosa de cadáveres el enemigo el Thuir; mas de 6,000 son muertos y heridos, y los españoles quedamos dueños del campo. Allí mismo recibí el empleo de capitán. Después de estos sucesos, nuestras tropas, asentados y seguros sus cuarteles de invierno en tierra extranjera, cual ninguna otra potencia lo había logrado, se entregaron al descanso, que por cierto era sobrado merecido.

De allí á poco fué llamado mi regimiento á España, donde nos colmaron de vítores y parabienes; pero el mejor que me esperaba, y que por cierto yo no aguardaba, era la noticia de que un tío mio acababa de morir en la India, nombrándome su único heredero y haciéndome dueño de un capital de medio millon de duros.

Mi primera idea, mi primer pensamiento, fuiste tú, querida Luisa; ansiaba el momento de saber si vivias y si te hallabas en el caso de casarte conmigo: en esto tropecé con mi amigo Sandoval, quien me dió razon del mal estado de tu pobre padre; y en fin, aquí me tienes á tus piés; te ofrezco mi mano y mi fortuna, como incompleto resarcimiento de los daños que te he causado, como débil premio á la virtud.

—Acepto, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que al toque de ánimas nunca olvidemos rezar

LA ORACION DE LA TARDE.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

	Páginas.
I.—Una tertulia.....	1
II.—Consecuencias de un baile.....	25
III.—Margarita de Castro y D. Lope de Luna.....	49
IV.— <i>¡Humiliari Dei Capita Nostra!</i>	73
V.—Dos muertos y ninguno difunto.....	89
VI.—El patio de la higuera y otras cosas.....	107
VII.—Descubrimientos y sorpresas.....	139
VIII.—Dias de prueba.....	163
IX.—La confesion.....	183
X.—Diez años despues.....	219
XI.—Funciones, defunciones, asesinatos y conversiones.....	249
XII.—Sabrosas pláticas.....	287
XIII.—Recuerdos gloriosos; la bisabuela.....	311
XIV.—Conferencias y revelaciones amorosas.....	333
XV.—El descanso.....	361
XVI.—Misterios del corazon: el temeroso y su sacrilegio.....	373
XVII.—El toque de Animas.....	399
XVIII.—Antiguas tradiciones.....	421
XIX.—La Iglesia de Robledo.....	441
XX.—Animacion, algazara.—La célebre mariposa y su apoteosis..	463
XXI.—Prosigue la funcion.—Un nuevo prestidigitador.—Escenas amorosas.....	489
XXII.—¿Qué sucedió á Luisa?.....	505
XXIII.—Continuacion.....	515
XXIV.—El alma del violin.—Consuelo de la religion.—Re- velacion.....	535
XXV.—Supuesta santidad.....	555
XXVI.—Desátanse los ódios.—Agítanse las pasiones.....	571
XXVII.—Fechorias del Diablo.....	595
XXVIII.—Conclusion.....	609

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

600	ZLVII.—Conclusion.
595	ZLVII.—Elocucioes del diablo.
577	ZLV.—Declaracioes de los obispos.—Agitanse las pasiones.
565	ZLV.—Opusculo satirico.
555	ZLV.—Revolucion.
545	ZLIV.—El alma del violin.—Consejo de la religion.—Ho-
545	Continuacion.
505	ZLII.—¿Que sucedió á Paris?
480	amoras.
475	ZLI.—Progreso la fucion.—Un nuevo prestidigitador.—Escenas
465	Z.—Animacion, algaxara.—La eslebre murgosa y su apoteosis.
441	ZIX.—La Iglesia de Robledo.
431	ZVIII.—Antiguas tradiciones.
399	ZVII.—El papa de Anims.
373	ZVI.—El timbre del coronzo: el temeroso y su escudero.
361	ZV.—El deseno.
333	ZIV.—Confesioes y revelaciones amaras.
311	ZIII.—Las velas apozos; la disonancia.
287	ZII.—Soluciones pitagoras.
249	ZI.—Limonos, limonios, limonios y con con con.
219	X.—Una vida pasiva.
183	IX.—La confesion.
165	VIII.—El papa, el papa.
139	VII.—Pescaditos y carpas.
107	VI.—El pais de la ligera y otras cosas.
80	V.—Los nuncios y nuncios diuinos.
53	IV.—Wawawaw, Wawaw, Wawaw.
49	III.—Historia de Gato y D. Juan de Luna.
23	II.—Consejos de un diablo.
1	I.—Una tortuga.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	<u>Páginas.</u>
Portada.	
Era una jóven fina instruida y de gallarda presencia	52
Agua, Luis, agua por Dios	75
Dieron la peseta á la mujer.	156
Mi mujer exclamó con sorpresa al reconocerla	216
En seguida Margarita, despues de algunas correcciones, leia lo siguiente.	257
D. Diego de Mendoza	333
El P. Luis	387
Robledo.	441
Luisa.	508



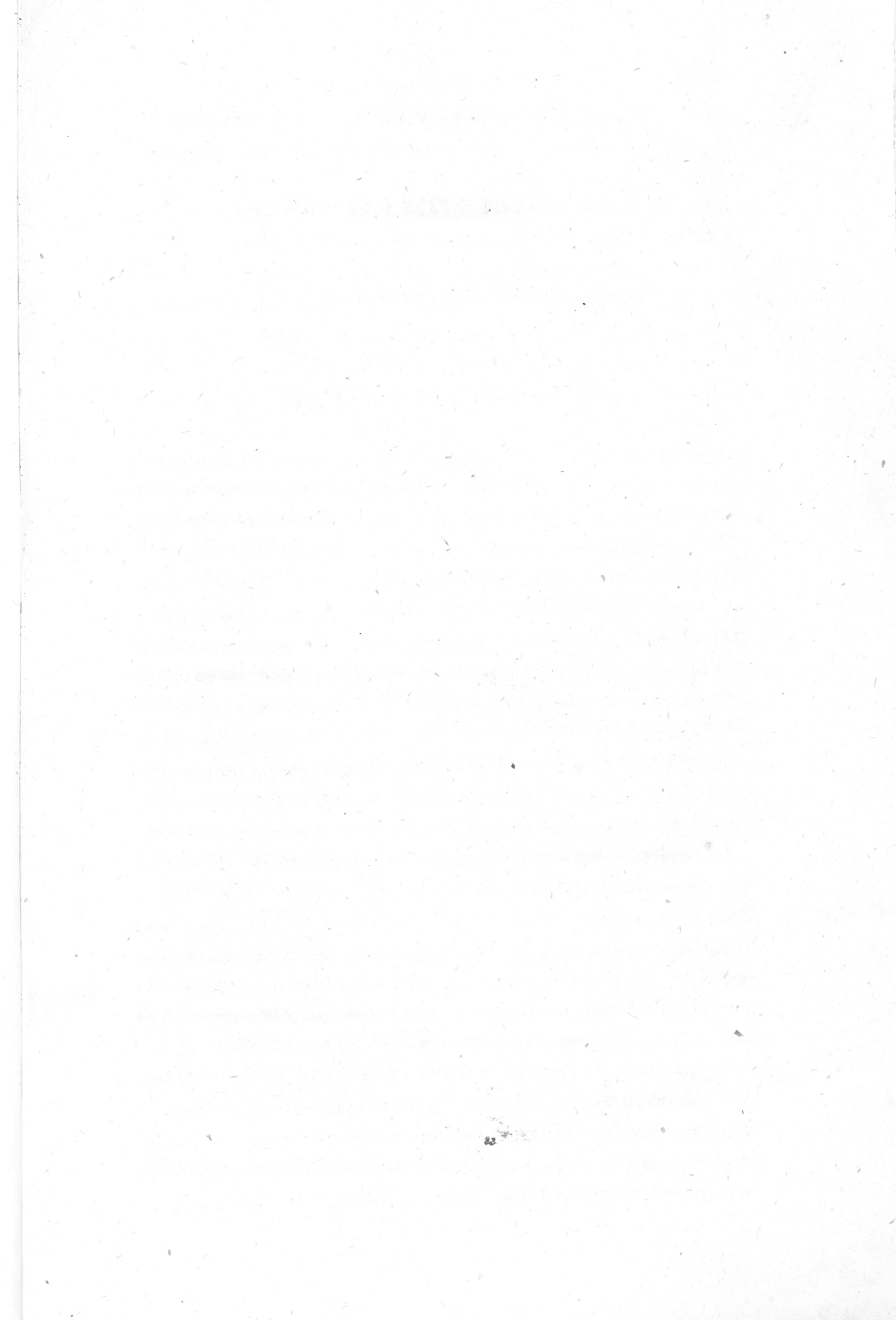
PLANTILLA

PARA LA COLECCION DE LAS LEYES

Numero

53
57
150
210
268
303
323
411
406

Por medio de la presente se publica el texto de las leyes que se han expedido en virtud de las facultades conferidas a este Poder Judicial, segun el procedimiento establecido en el articulo 150 de la Constitucion de la Republica, y segun el procedimiento establecido en el articulo 210 de la misma Constitucion, segun el procedimiento establecido en el articulo 268 de la misma Constitucion, segun el procedimiento establecido en el articulo 303 de la misma Constitucion, segun el procedimiento establecido en el articulo 323 de la misma Constitucion, segun el procedimiento establecido en el articulo 411 de la misma Constitucion, segun el procedimiento establecido en el articulo 406 de la misma Constitucion.





1065560

